

El derrumbe que desnuda a la industria de la ropa ***“¿Sabes de dónde viene la ropa que te pones?”***

Informe

LEA AQUÍ MÁS SOBRE TRAGEDIA DE BANGLADESH

Ya hay más de 800 fallecidos y un número indeterminado de desaparecidos, que podrían ser centenares. Más de 2400 personas fueron rescatadas con vida. Ya no hay ninguna esperanza y queda trabajo para semanas. “Entre los cadáveres recuperados en los últimos minutos, hemos conseguido identificar a tres de ellos gracias a los teléfonos móviles y carnés de identidad”, comenta Sheikh Md Mizanur Rahman, responsable de los equipos de rescate. El edificio había sido construido con materiales de muy baja calidad, y estaba pensado, según su arquitecto, para albergar un centro comercial y oficinas y no las pesadas máquinas y generadores que hacían vibrar el edificio. La licencia era de cinco plantas, no de nueve.

La mayoría de las víctimas son mujeres y niñas que habían sido obligadas a trabajar pese a que el día anterior al derrumbe la policía había advertido que existían grietas en las paredes. Cosían para Occidente, para marcas como El Corte Inglés o Mango, firma para la que se estaban haciendo unos pedidos de prueba. La tragedia de Bangladesh provoca debate sobre el papel de las compañías de moda occidentales, los derechos de trabajadores y el afán consumista de la sociedad. El derrumbe puede parecerle una historia lejana. Pero está mucho más cerca de lo que parece, tanto como su guardarropa. No sería raro que algunas de las prendas que usted viste hayan sido fabricadas allí.

El miércoles 24 de abril, miles de trabajadores que confeccionaban prendas para tiendas y marcas occidentales estaban en el edificio Rana Plaza, en Savar, a 24 kilómetros de la capital Dhaka, cuando este se desplomó supultando a cientos de ellos.

La tragedia deja hasta ahora 600 muertos y reactivó un debate sobre el papel de las compañías de moda occidentales, los derechos de trabajadores en países pobres y el afán consumista de las sociedades más ricas.

Las imágenes de la tragedia han generado indignación mundial por las fallas de seguridad y de condiciones laborales elementales que parecen estar en el centro del problema en Bangladesh.

Y dejan en claro que muchas personas desconocen las condiciones precarias en que se fabrican muchas de las prendas de vestir que usan cotidianamente. 'Prefiero no saber'

La BBC pudo comprobar en un recorrido por las calles de Londres, lo despreocupadas que pueden estar las personas sobre la proveniencia de sus vestimentas.

'No, prefiero no saberlo... creo que probablemente en China', dijo uno de los transeúntes al ser consultado.

En pleno centro de Londres una mujer explicó: 'Intento comprar cosas que no provengan de una fábrica que está a punto de arder'.

Otro entrevistado explicó: 'Probablemente mis ropas se hicieron en el sudeste asiático, Bangladesh, por ejemplo. Mucha gente ni se molesta en pensar en el trabajo infantil o el trabajo barato'.

Las firmas de ropa, caras o baratas, suelen establecerse en países del sudeste asiático o centroamericanos, atraídas por los bajos costos de producción, **que les permiten ofrecer precios más atractivos al consumidor final.**

Grandes marcas

Tras la tragedia, varias compañías expresaron sus condolencias y algunas reconocieron que habían usado como proveedores a algunas de las fábricas del Rana Plaza.

Según el diario estadounidense The New York Times, en el sitio del derrumbe se han **descubierto etiquetas y documentos de grandes marcas europeas y estadounidenses como Children's Place, Benetton, Cato Fashions, Mango y otras.**

Primark, una cadena británica de ropa de bajo costo, confirmó que en el segundo piso del edificio funcionaba un taller que confeccionaba sus productos. La empresa expresó que estaba 'conmocionada y profundamente entristecida por este terrible incidente'.

Primark aseguró que por varios años ha estado trabajando con organizaciones no gubernamentales para revisar los estándares de la industria de ropa de Bangladesh.

La canadiense Loblaw, que distribuye la marca Joe Fresh, anunció que una de las fábricas del edificio producía 'un pequeño número' de sus productos e informó que trabajaría con su proveedor para ayudarlos en este momento.

Antecedentes

'En mi opinión, el 50% de las fábricas están funcionando con parámetros que no son seguros', le dijo a la BBC Mainuddin Khondker, un funcionario del gobierno de Bangladesh que encabezó un grupo especial de inspección de fábricas de ropa.

Khondker admite que todavía no se ha sancionado a ninguna fábrica por violar reglas de seguridad o las normas de los edificios. Eso a pesar de que la tragedia del edificio Rana Plaza no es la primera de ese tipo en el país, cuya industria textil es una de las más importantes del mundo.

En 2005 en la misma ciudad se desplomó otro edificio dejando 64 muertos. Desde entonces ha habido incendios, estampidas y otros incidentes en fábricas de ropa que han producido cientos de muertes.

Unos meses antes más de 100 trabajadores fallecieron en un incendio en Ashulia, un suburbio de Dhaka, donde operan cientos de fábricas. En la mayoría de los incidentes las muertes eran evitables. Una de las causas más comunes en las tragedias es que al momento de los sucesos las puertas han estado cerradas o bloqueadas.

Comercio justo y necesario

Tras el derrumbe, surgieron voces en distintos países que piden a los consumidores comprar ropa en tiendas cuya cadena de producción respete a los trabajadores y sus condiciones de trabajo.

Las grandes tiendas de ropa no marcan sus artículos con etiquetas que indiquen que fueron fabricadas dentro de un esquema de 'comercio justo' (fairtrade), como suele hacerse con la producción agrícola de algunas naciones pobres.

Un recorrido realizado en Dhaka por Andrew North, corresponsal de la BBC en el sur de Asia, permitió comprobar las malas condiciones en las que laboran los trabajadores. North pudo observar cómo algunas de las fábricas operan con pocas medidas de seguridad. Además, presenció cómo en muchas de las instalaciones había niños trabajando.

Por su parte Susanna Rustin, sugirió en su columna del diario británico The

Guardian, que al igual que las frutas y las verduras, la ropa debería llevar etiquetas para saber si son producto de ese 'comercio justo'. Algunos de los entrevistados en el sondeo realizado por la BBC en las calles de Londres manifestaron que estarían dispuestos a pagar más por ropa que fuera producida en un ambiente de buenas condiciones para los trabajadores. 'Creo que uno no lo piensa tanto: ves algo barato y lo compras', reconoció una joven consultada.

Pobreza versus peligro

Dueños de tiendas y funcionarios de la Asociación de Exportadores y Fabricantes de Ropa de Bangladesh (Bgmea, por sus siglas en inglés) niegan las acusaciones que los señalan como responsables de muertes. 'Este es un sector grande, tenemos más de 5.000 fábricas', le dijo a la BBC Siddiquir Rahman, exvicepresidente de Bgmea.

'Los accidentes pueden suceder, muchos incendios ocurren por cortos circuitos. Pero no deberían haber muertes que podrían evitarse con un entrenamiento adecuado'. La industria textil es considerada una vaca sagrada de la economía de Bangladesh.

De modesta condición a comienzos de los ochenta, pasó a convertirse en una industria de cerca de US\$20.000 millones, lo que representa cerca del 80% de las exportaciones nacionales.

En un país donde la mayoría de la población es pobre, conservadora y musulmana, el sector genera cuatro millones de puestos de trabajo, de los cuales el 20% son ocupados por mujeres de familias pobres. Sin embargo, confeccionar ropa a bajo costo le puede estar costando al país un alto precio humano. (BBC Mundo)

Doble discurso

La Unión Europea, primer mercado de la ropa que exporta Bangladesh, quiere presionar a las autoridades bengalíes para que mejoren las condiciones laborales de los tres millones de trabajadores que con sus máquinas de coser y durante extenuantes jornadas fabrican las prendas que conocidas marcas occidentales venden. La Unión sopesa retirarle el acceso preferencial al mercado europeo. Ese es el debate en los despachos. En las calles de Dacca, la capital, miles de personas han aprovechado las marchas del Primero de Mayo para exigir la pena de muerte para el propietario del edificio derrumbado y mejoras laborales (el salario mínimo son 3.000 taka, 29 euros). El Papa Francisco calificó estas condiciones de

Entre los escombros, hace dos días que no se localizan supervivientes. Las autoridades han hecho recuento oficial de la tragedia industrial más grave del país: el derrumbe ha matado a más de 400 personas, otras 159 singuen en paradero desconocido y 2.500 están heridas, muchas de ellas mutiladas, y sin empleo con el que mantener a los suyos.

La Unión Europea ha amenazado a Bangladesh con revisar el acceso preferente y libre de impuestos del que disfruta. "Queremos que noten la presión diplomática para que se sienten y discutan con nosotros", ha declarado a Reuters un alto cargo anónimo de la Unión en Bruselas. El 60% de las exportaciones de ropa llegan a Europa con España como tercer destino tras Alemania y Reino Unido. Es un sector clave y creciente en la economía de Bangladesh.

Aunque algunas empresas textiles bengalíes dieron el fin de semana libre a sus trabajadores en un intento de apaciguar la ira popular, el enfado de las plantillas es aún descomunal: "El dueño del edificio... debería ser colgado y hay que pagar indemnizaciones a los heridos y a (las familias de) los muertos", ha dicho a la misma agencia el líder sindical Moshrefa Mishu en las protestas del Día Internacional del Trabajo, que conmemora la represión de una manifestación por la jornada de ocho horas a finales de XIX en Chicago. La policía de Bangladesh dispersó a los manifestantes con gases lacrimógenos, pelotas de goma y cañones de agua.

Shoel Rana, de 35 años, **propietario del edificio Rana Plaza, ubicado en el cinturón industrial de Dacca y construido sobre una ciénaga gracias a favores de aliados políticos del partido gobernante**, se ha convertido en el enemigo público número uno. Fue detenido cuando intentaba huir a India. Rana, que se señoreaba por la zona sin que siquiera la policía le parara los pies, según

The New York Times es producto del desembarco de las grandes marcas en el corrupto Bangladesh, atraídas por una mano de obra baratísima.

Los dedos acusadores se han desplegado en varias direcciones desde la tragedia: la UE apunta al Gobierno de Bangladesh, las empresas contratantes a las autoridades bengalíes y las ONG, a los poderes locales y a las compañías; la primera ministra de Bangladesh, Sheij Hasina, apunta a las empresas y les hace un listado de exigencias: "Tenéis que asegurar a los trabajadores sueldos justos, pensiones y otros derechos. Debéis vigilar la seguridad de los lugares de trabajo si queréis hacer negocios", ha declarado.

Varias de las empresas para las que cosían las víctimas como El Corte Inglés, Primark o Loblaw -en talleres que en algunos casos habían superado las auditorías sociales de las compañías contratantes, que, recalcan, no supervisan el estado de los edificios-- han anunciado ayudas de emergencia e indemnizaciones que aún no han detallado.

Empresas del sector textil, sindicatos y ONG celebraron en Eschborn (Alemania) una reunión convocada antes de la tragedia para acordar mejoras en las industrias textiles de Bangladesh. El sindicato mundial IndustriAll es el participante que más detalles ha revelado de lo allí discutido. Asegura que las partes se han dado hasta el día 15 mayo para cerrar un acuerdo que mejore la seguridad laboral y antiincendios. Mejora imprescindible en vista de que el desplome del edificio Rana Plaza es el tercer gran accidente que sufre el sector en el país asiático en solo seis meses. El secretario general de IndustriALL, Jyrki Raina, sostiene que "las empresas deben pagar más a sus proveedores para garantizar salarios dignos y mejoras técnicas".

Difícil saber si ropa se fabrica con ética

Uno puede reciclar la basura, cultivar sus propios alimentos y conducir un auto de bajas emisiones contaminantes. Pero ser socialmente responsable cuando se trata de la ropa no es tan fácil.

El derrumbe de un edificio en Bangladesh que mató a cientos de trabajadores de una fábrica de ropa la semana pasada puso en los reflectores el hecho de que las personas en países pobres a veces arriesgan sus vidas al trabajar en talleres inseguros que producen camisetas y ropa interior baratas que los occidentales consumen.

El desastre, que se suma a un incendio en otra fábrica de Bangladesh en la que murieron 112 personas en noviembre, pone de relieve algo igual de turbador para los compradores socialmente responsables: es casi imposible asegurarse de que la ropa que uno compra se manufacturó en talleres con condiciones seguras de trabajo.

Muy pocas compañías venden ropa "hecha éticamente"; es decir, aquella que se confeccionó en fábricas que mantienen condiciones seguras de trabajo. De hecho, la ropa ética representa sólo una pequeña fracción de punto porcentual de los 3.000 millones de dólares que mueve la industria mundial del vestido. (agencia AP)

Historia reciente 04/09/2010

El tirón del textil está convirtiendo a Dacca en la mayor metrópolis del mundo musulmán. Y también en muestrario del peor rostro de la deslocalización industrial. Ahí está la fatiga desesperanzada de Shina, una joven de 16 años, cuando regresa a su chabola desde la fábrica en la que se pasa el día frente a una máquina de coser por 23 euros al mes. Como ella, cuatro millones de bangladesíes prestan sus brazos al sector textil, que supone el 77% de las exportaciones del país: diez mil millones de euros durante el último año fiscal, sólo por detrás de China, UE y Turquía. Superando ya a las remesas de los emigrantes.

Miles de factorías trabajan para primeras firmas occidentales que han convertido a Bangladesh en primer exportador mundial de camisetas y segundo de tejanos. El eco de accidentes como el que en el 2005 sepultó a 67 obreros en una fábrica han servido para introducir mejoras en los edificios, pero no en la vida de los trabajadores. Hace un mes, gobierno y patronal acordaron subir el salario mínimo en un 80% respecto al 2006, lo que no bastó para evitar una revuelta que arrasó la

más lujosa avenida comercial del país. lo largo de unos dos kilómetros, este corresponsal no vio casi ningún escaparate intacto. La policía disparó balas de goma, pero poco pudo hacer ante cuatro mil trabajadores, casi adolescentes. Su ira sorprende menos al saber que en cuatro años los alimentos básicos han subido un 70% y que la mensualidad mínima se ha quedado en 3000 takas (33 euros), cuando los sindicatos -semiclandestinos- pedían 5000.

Varios compañeros de Shina fueron detenidos, pero ella se quedó en su choza porque "estaba muy nerviosa". Korail es un suburbio embarrado, pero limpio, a un tiro de piedra del barrio diplomático. En la chabola de Shina, cinco adultos y un bebé viven en 7 m2. El alquiler cuesta once euros y no hay agua corriente. En su barrio de lata, me dice, el 60% trabaja en la confección, el 20% acarrea pasajeros en triciclos y el resto son peones o mujeres de la limpieza. La mitad de su salario proviene de los once céntimos de euro que cobra por hora extra, cuando hay pedidos urgentes.

Su amiga Utta dice tener "catorce o quince años". Gana 24 euros al mes y dice que está muy contenta de que el salario vaya a subir hasta 3000 taka, "aunque el amo todavía no se ha comprometido". En su fábrica "trabajan unas sesenta personas, los más jóvenes de doce años". "Lo importante si uno desfallece es hacerlo dentro de la fábrica, porque si no, nadie paga nada", asevera.

La arquitectura carcelaria de las fábricas textiles domina varias arterias de Dacca. En varias zonas del país hay zonas especiales de procesamiento de exportaciones, con cinco años de vacaciones fiscales y repatriación de beneficios (sólo un 1,25% de los particulares y empresas pagan impuestos). Sin embargo, la mayoría de firmas extranjeras no montan fábrica propia, sino que hacen pedidos a empresas locales y miran a otro lado. Una camiseta les cuesta 0,65 euros.

Los obreros de Bangladesh están entre los más desprotegidos y peor pagados del mundo, lo que ha atraído como moscas a la flor y nata de la moda. A pocos kilómetros de Dacca se encuentran otros centros textiles, como Ghazipur o Narayanganj. En este último, un par de calles concentran 300 naves subcontratadas por firmas extranjeras. "Trabajamos para Basic, Kik, Primark, Harrod's, Walmart, Adidas, Nike, H&M...", dice un empresario. Los encargos de Inditex dan trabajo a cientos de estas fábricas en todo el país. Sólo Stradivarius trabaja con una treintena.

El sevillano Paco Pérez trabaja desde hace cuatro años en Bangladesh y relativiza la actual conflictividad: "Ni punto de comparación con el 2006", cuando se mezcló con la agitación política. Luego vinieron dos años de gobierno tutelado por los militares, que prohibió la actividad sindical. Incluso ahora, gobierno y patronal prefieren ver en la presente revuelta una mano negra extranjera que les quiere restar competitividad.

La catalana Glòria Rodó, importadora de ropa que trabajó durante años con Stradivarius, afirma que "los encargos llevan parejo un código de conducta, como la prohibición del trabajo infantil. La primera inspección se produce al cabo de seis meses y nunca la pasan, pero se les ayuda para que instalen salidas de emergencia, etcétera". Pero por mucho que las firmas extranjeras puedan intervenir en los edificios, las condiciones salariales dependen del patrón, en un país de 160 millones de habitantes y altísimo desempleo y competencia. Rodó asegura que cuando uno se aleja de la capital, ver a aprendices de seis o siete años es común. "Al final, un empresario argentino les dijo, de acuerdo, que trabajen tres horas, pero que estudien cinco. Y les montó una escuela".

Taslina Akhter es una joven fotógrafa, que ha expuesto este verano en Dacca sobre las penurias del textil. "Con los salarios que reciben sólo pueden vivir en barrios chabolistas. Y en las fábricas hay acoso y tortura -mental o física- y todos los propietarios tienen a sus matones", explica. El gobierno proyecta un cuerpo de policía industrial, en teoría para evitar abusos, pero que podrían acabar siendo antidisturbios. Ahora los sindicatos no son ilegales, pero no pueden entrar en las fábricas. El salario de las chicas -el 70% de la mano de obra- sirve para pagar la dote de sus bodas. Pero ahora "se hacen oír y muchas ya no dan todo su salario a su padre o a su marido". (diario La Vanguardia)

La ONDA digital

Revista de reflexión y análisis

Montevideo Uruguay 2013